

Revista

de

Ciencias Económicas

PUBLICACION MENSUAL DEL

“Centro Estudiantes de Ciencias Económicas y Federación con el colegio de doctores en Ciencias Económicas y Contadores Públicos Nacionales”

Director:

JOSÉ H. PORTO

Sub-Director:

MIGUEL PESCUA

Administrador:

Bernardo J. Matta

Secretario de Redacción;

Enrique A. Siewers

Sub-Administrador:

Arturo Giannattasio

Redactores:

Félix Genta - Emilio B. Bottini - Raúl Prebisch - Manuel Clauso - Egidio Trevisán - Domingo Pochelú - Jacobo Wainer - Dr. Mauricio Greffier - Italo Luis Grassi - Pablo Bertagni - Luis De Francesco - Juan Viviani.

Año VIII

Agosto de 1920

N.º 86

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CHARCAS 1835
BUENOS AIRES

Apuntes de historia económica: edad moderna primitiva

FIN DE LOS TIEMPOS MEDIOS Y COMIENZO DE LOS MODERNOS.

—El año 1453 (caída de Constantinopla en poder de los turcos); 1494: guerras de Italia (rivalidad y batallas entre las grandes potencias europeas); 1492-98: descubrimientos de Colón y Vasco da Gama (revolución comercial); 1508: Rafael y Miguel Angel pintan las salas del Vaticano y la capilla sixtina (revolución artística); Copérnico y el nuevo sistema del mundo, imprenta y renacimiento (revolución científica y literaria); 1517: Lutero (revolución religiosa); monarquía absoluta y centralización moderna. “La fecha 1453, sin tener una precisión rigurosa, es, pues, suficientemente racional”. (DURUY, *Histoire des temps modernes*, p. 2).

LOS GRANDES DESCUBRIMIENTOS GEOGRÁFICOS. — Sus resultados revolucionarios. La “era océano-eucuménica”, o sea, la historia del “viejo y del nuevo mundo”. (MAYR, *Manuale di storia del commercio*, págs. 113-114); remoción de las vías comerciales: “el impulso hacia occidente”; renovación de la lucha por la preponderancia en el comercio mundial; decadencia de la Europa central.

FORMACIÓN DE LOS GRANDES ESTADOS MONÁRQUICOS. — El feudalismo había sido el gobierno ignorante de las campañas, ajeno a la transformación profunda que se operaba en las ciudades. Pero a medida que los pueblos de la Europa occidental fueron saliendo de la barbarie, vale decir, a medida que desarrollaban su industria y su comercio, y aumentaban su riqueza y su poder y tomaban parte en expediciones guerreras tales como las cruzadas, iban apreciando las grandes ventajas de un nuevo orden de cosas y de relaciones entre los hombres (relaciones pacíficas y lucrativas), en comparación del cual, los pequeños gobiernos del barón, del obispo y de la comuna,

debían parecer estrechos, tiránicos y contrarios al "interés general". La mayoría de los habitantes (mercaderes, artesanos, labradores) deseaba la formación de un grupo social más extenso, en el que la comunidad de los intereses fuese como el fundamento de la comunidad de los sentimientos, y en el que un gobierno más general y más fuerte mantuviese el orden, hiciese reinar la justicia y garantizase la seguridad. Era preferible, en efecto, un solo *gobierno general o nacional* y un solo fisco, a la multitud de gobiernos señoriales y comunales y de fiscos locales, que cobraban antojadizamente toda suerte de tributos y derechos tiránicos, oprimiendo la industria y el comercio, y, por consiguiente, la prosperidad general.

Las comunas favorecieron este movimiento; y poder real, deseoso de extender su autoridad, favoreció a su vez el movimiento comunal en los pequeños estados feudales, contribuyendo así a la decadencia de la clase señorial. Durante la segunda mitad del siglo XV, los reyes vieron crecer su poder y sus dominios en proporciones considerables, en Francia, Inglaterra, España y Portugal; y pudieron aparecer como los representantes naturales del *Estado nacional y del gobierno general*, cuya protección todos buscaban. Constituidas de tal suerte las grandes monarquías, las comunas mismas perdieron su autoridad, como la habían perdido los señores feudales. Tales, en síntesis, el hecho histórico que suele denominarse la *centralización moderna*. El fraccionamiento persiste en Alemania e Italia: supervivencia efímera de la soberanía nacional.

LA REFORMA Y LAS GRANDES LUCHAS ECONÓMICAS. — Durante el siglo XVI, Europa se divide en dos grandes bandos religiosos; la lucha entre estos dos grandes bandos relega a segundo término la lucha económica que parecía iniciarse con la Edad Moderna, con las empresas náuticas y mercantiles de los españoles y portugueses. El gran imperio de Carlos V y el imperio colonial español: concomitancia e influencia de estos hechos. "España sacó de sus colonias del nuevo mundo los medios para sus guerras incesantes (MAYR, *op. cit.*, p. 115) en Europa". En España la posición geográfica y la política religiosa de los reyes católicos influyeron, quizá, decisivamente, en el sentido de mantener la unidad de la fe y evitar las divisiones y luchas de la Reforma: todas las fuerzas de la nación pudieron emplearse en la conquista del nuevo mundo, y en las luchas contra Francia y contra los luteranos. En los otros estados europeos (Francia, Inglaterra, Holanda, Alemania),

por el contrario, las guerras de religión impidieron, durante todo el siglo XVI, las conquistas coloniales. En los primeros años del siglo XVII, al iniciarse la decadencia española, empiezan casi simultáneamente las empresas de conquista colonial en Francia, Inglaterra y Holanda. (Cf. MAYR, *op. cit.*, p. 115).

DESCUBRIMIENTOS GEOGRÁFICOS DE LOS SIGLOS XV Y XVI: LOS PORTUGUESES. — El que pudiera llamarse “primer ciclo de los descubrimientos geográficos” empieza en el siglo XIV, y comprende las numerosas tentativas llevadas a cabo para explorar las costas occidentales de Africa, por navegantes italianos, portugueses, españoles y franceses.

Los móviles de estos viajes fueron de distinto orden: a) necesidad de hallar una comunicación marítima directa entre el Asia oriental y Europa, a fin de librar de la tiranía de los turcos otomanos el comercio de Oriente; b) interés económico y deseo de las naciones ribereñas del Atlántico de participar en aquel comercio; c) espíritu aventurero y caballeresco, que busca en el mar nuevas ocasiones de lucha y aventura, cuando no las encuentra en la tierra, porque la mayor autoridad de los reyes ha regularizado la vida en las sociedades europeas; d) curiosidad científica, estimulada por las invasiones de los tártaros y por el renacimiento de los estudios clásicos en Italia.

Observa Guillermo HEYD (*Storia del Commercio del Levante*, p. 711): “El primer hecho que se encuentra estudiando las relaciones del Occidente con la India (en los últimos siglos de la Edad Media) es una expedición muy interesante, emprendida por algunos genoveses, y que remonta precisamente al año en que el comercio del mundo entero, herido por la caída de Acre (1291), agitábase en la rebusca de nuevos mercados”.

Tales fueron, en efecto, los primeros viajes de exploración en la costa occidental de Africa. En 1291, dos galeras genovesas aprestadas por Tesidio Doria y los hermanos Ugolino y Valdino Vivaldi, y puestas bajo el mando de los dos últimos, pasaron el estrecho de Ceuta (Gibraltar) y reconocieron, según se decía, la costa que se extiende hacia la entrada de un gran río que, según Vivien de Saint Martín, sería el Senegal. En 1346 (así resulta de una inscripción del atlas catalán de 1375) un marino de Mallorca, Jac Ferrer, intentó descubrir el llamado río del oro (*riu de Lor*), pero no fué

afortunado. De un pasaje del *Tratado de la vida solitaria* de Petrarca (1346), según el escritor citado, resulta que los genoveses habían visitado las islas Afortunadas (o Canarias), a principios del siglo XIV; y en un mapa italiano de 1351, figuran las islas Canarias, las Azores y la de Madera (*isola di Legnanie* o isla Arborífera). Desde 1345, la marina de Castilla había tomado posesión de las islas Canarias. También fueron éstas visitadas en 1402, por el hidalgo normando Juan de Bethencourt.

Pero todas estas tentativas fueron obscurecidas por los éxitos que bajo la dirección del *infante don Enrique*, alcanzaron los marineros portugueses, durante el siglo XV.

Consolidada definitivamente la monarquía lusitana, a principios del siglo mencionado, el rey don Juan I se apoderó en 1415, de Ceuta, Tánger, Tetuán y otras plazas de Marruecos, próximas al estrecho de Gibraltar. "Éstas expediciones armadas, en el continente africano, dice Vivien de St. Martin, fueron para los portugueses ocasión de prolongada serie de exploraciones en el Océano Atlántico. El espíritu aventurero de la época las comenzó, un príncipe ilustrado las prosiguió, y el éxito más franco las coronó. En el espacio de tiempo de setenta y cuatro años, reconocióse toda la extensión de la costa occidental, abrióse el camino marítimo de la India, quedando resuelto uno de los más graves problemas de la geografía del mundo". (V. DE SAINT MARTIN, *Historia de la Geografía*, I, 513).

El infante don Enrique, duque de *Viseu*, era un príncipe de carácter serio y retraído. Aficionado al estudio de la geografía, había estudiado las obras de Ptolomeo y de los geógrafos árabes. Después de la conquista de Ceuta, frecuentó el trato de algunos judíos y moros doctos de Fez y otras ciudades de Marruecos, y de comerciantes que hacían en el interior del continente africano el tráfico del marfil. Adquirió así numerosas noticias acerca de la configuración geográfica de aquel continente, y convencióse de la posibilidad de hallar una ruta marítima directa a las Indias orientales, circunnavegando el Africa. Formó, pues, el propósito de lograrlo, y para ello, abandonó la corte de Lisboa y fué a establecerse en Sagres, junto al cabo San Vicente. Rodeóse allí de geógrafos y marinos; fundó una escuela náutica dirigida por el catalán Jaime de Mallorca, con el fin de propagar los conocimientos útiles o necesarios a la navegación; y fomentó el uso de la brújula y

del astrolabio entre los marinos portugueses (Cf. LAVISSE ET RAMBAUD, *Histoire Generale*, IV, 873-883).

Las primeras tentativas no pasaron del Cabo Bojador, situado poco más o menos en 26° de latitud N., casi a la vista de las Canarias. En 1418, Juan González Zarzo y Tristán Vaz descubrieron la isla de Puerto Santo. Repitieron el viaje al año siguiente, asociados a Bartolomé Perestrello, y descubrieron la isla de Madera, a la cual el infante don Enrique hizo transplantar la caña de azúcar de Sicilia y la vid de Chipre. En 1433, un marino de Lagos, Gil Eannes, dobló el temido Cabo Bojador. De 1443 a 1447, Nuno de Tristán llevó a cabo tres viajes: en el primero, dobló el Cabo Blanco, hacia los 21° de latitud norte; en el segundo descubrió el Cabo Verde; en el tercero llegó a la desembocadura del Río Grande, donde halló la muerte en un combate con los indígenas. Alvaro Fernández llegó en 1449 a Sierra Leona, en los 9° de latitud N. De 1454 a 1456, Alvise Ca da Mosto y Antoniotto Usodimare reconocieron el Archipiélago de Bissagos y las islas de Cabo Verde. Por último, en 1462, Pedro de Cintra y Sueiro da Costa llegaron al Cabo Mesurado, en los 6° de latitud. (LAVISSE ET RAMBAUD, *ibid.*; C. ERREÑA, *L'epoca delle grandi scoperte geografiche*, pp. 201-250).

En 1460 murió, en su residencia de Sagres, el infante don Enrique. Los descubrimientos realizados hasta entonces bajo su sabia dirección comprendían, del Cabo Non al Cabo Mesurado, una curva de 29° de extensión, esto es, 1700 millas geográficas de 60 al grado. Aun cuando se hubiesen detenido en este punto, habrían producido cambios considerables en el comercio europeo; porque las tierras descubiertas ofrecían en abundancia algunos de los valiosos productos del comercio de Oriente. De las costas de Africa podía extraerse oro, marfil, gomas y algodón; la isla Madera producía vino excelente y maderas finas; las Canarias productos tintóreos, pieles de cabra, cera, etc.

DESCUBRIMIENTO DE LAS INDIAS ORIENTALES. — La muerte del infante don Enrique interrumpió durante algún tiempo los viajes marítimos. En 1471 se reanudaron. Juan de Santarem y Pedro de Escalona llevaron sus reconocimientos hasta el Cabo Santa Catalina, pasando por vez primera la línea ecuatorial. Fernando Pó descubrió la isla de su nombre en el mismo año. En 1484, Diego Cam, asociado a Martín Behaim, cosmógrafo de Nuremberg, reconoció la desembocadura del

Zairo en los 6° de latitud sur, y la costa en una extensión de 1125 millas. En 1486, Bartolomé Díaz dobló por fin la extremidad meridional del continente, a la cual puso el nombre de *Cabo de las Tormentas*, que el rey don Juan II cambió por el más auspicioso de *Cabo de Buena Esperanza*. Estaba, pues, vencida la más grande de las dificultades que impedían realizar el ensueño del infante don Enrique. (Véase V. DE SAINT-MARTIN, *ob. cit.*, I, 513-530).

Entretanto dos viajeros portugueses, Pedro de Covillam y Alfonso de Paiva, enviados por el rey de Portugal en busca del legendario *Preste Juan*, realizaban un importantísimo viaje por tierra. Paiva se internó en Abisinia, donde fué asesinado. Covillam, partiendo del Egipto, se dirigió a las Indias orientales, donde visitó Calicut, Goa y otras ciudades de la costa de Malabar. De regreso en el Cairo, envió a sus soberanos, por intermedio de dos judíos portugueses, un diario de sus viajes por mar y por tierra, con observaciones sobre el comercio de la India y planos exactos de las costas en que había tocado. Según las observaciones de Covillam y los informes que había recogido de hábiles marinos en diferentes países, doblando el Africa por mar, era fácil hallar un pasaje para las Indias Orientales. (W. ROBERTSON, *Hist. de Amér.*, libro I; HEYD, *op. cit.*, p. 1070).

Estos preciosos informes y el resultado del viaje de Díaz decidieron a la corte de Lisboa a tentar la empresa, que se vió demorada por la muerte del rey don Juan II, ocurrida en 1495. Su sucesor, Manuel el afortunado, activó los aprestos; y el 8 de Julio de 1497, Vasco da Gama partía de Lisboa con una escuadrilla de cuatro naves. Tocó en las islas de Cabo Verde y en Santa Elena, dobló con buen tiempo el Cabo de Buena Esperanza, costeó el Africa oriental, tocando en Mozamba, Solafa y Melinde, y en Mayo de 1498, fondeaba en Calicut, en la costa de Malabar. El ensueño del infante don Enrique estaba realizado; mas el descubrimiento iba a producir consecuencias no sospechadas por aquél: una profunda revolución comercial y política, cuyos resultados afectarían al mundo entero.

DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO. — Seis años antes del viaje de Vasco da Gama, un oscuro marino genovés llevaba a término otro descubrimiento geográfico más grande aún, por sus consecuencias históricas.

Omito, por ser harto conocidos, la biografía de Colón y

sus afanes y peregrinaciones para lograr la realización de sus proyectos, anteriores a 1492. (Véase W. IRVING, *Vida y viajes de Cristóbal Colón*, libro I, A. DE HUMBOLDT, *Examen crítico de la historia de la geografía del nuevo continente*, vol. I, págs. 21-126 de la trad. castellana).

Eran las teorías de Colón una extraña mezcla de verdad y de error. Fundado en un pasaje de Aristóteles, en los datos del geógrafo árabe Edrisi, y en opiniones de Alberto Magno, Pedro de Ailly y Rogerio Bacon,—sostenía que la tierra era redonda, que las costas orientales de la India y de la China no estaban muy distantes de Europa, y que, por consiguiente, era fácil llegar al *Levante por el Poniente*. Tal era la fórmula sintética de sus ideas y proyectos. Colón erraba en cuanto a las dimensiones de nuestro planeta, suponiéndolo más pequeño de lo que realmente es. Si hubiese tenido una idea aproximadamente exacta de aquéllas,—ignorando, como ignoraba, la existencia del Nuevo Mundo,—es muy probable que no se hubiese atrevido a intentar la travesía del Atlántico.

Colón partió, como es sabido, del puerto de Palos el 3 de Agosto de 1492, y llegó a la isla de Guanahani el 12 de Octubre (Cat-island, según unos, Watling, Gran Turca o Mayaguana, según otros). Reconoció varias de las islas que forman el archipiélago de las Lucayas, la isla de Cuba y la Haití o Española, y regresó a España. El 15 de Marzo de 1493 Colón entraba de nuevo en el puerto de Palos.

El descubrimiento del marino genovés causó profunda admiración en toda Europa. Allegretto Allegri,—escritor contemporáneo citado por Washington Irving,—dice en sus *Anales de Viena* de 1493, que la noticia se tuvo en la corte de aquella ciudad por cartas de comerciantes residentes en España y por algunos viajeros. La noticia fué igualmente llevada a Génova por conducto de los embajadores Francesco Marchezzi y Giovanni Antonio Grimaldi. Y según Sebastián Caboto, que se hallaba en Londres cuando llegaron las noticias del descubrimiento, causaron éstas mucha admiración y respeto en la corte de Enrique VII, afirmándose que era cosa *antes divina que humana*. “Todo el mundo civilizado, agrega Irving, se llenó en efecto de maravilla y de alegría. Todos tomaron parte en el general regocijo que embriagaba los ánimos, porque todos estaban interesados en aquel suceso que abría nuevos e ilimitados campos de observación y de empresas... No obstante todo este triunfo, aún se ignoraba la importancia verdadera

del descubrimiento". (W. IRVING, *ob. cit.*, libro V, cap. VII). En efecto, en el primer momento todos aceptaron sin discrepancia la hipótesis de Colón, es a saber, que la tierra descubierta formaba parte de la extremidad oriental del Asia. De ahí la denominación de *Indias occidentales* con que se la bautizó.

Durante los viajes segundo y tercero (1493-1498) se descubrieron y exploraron las pequeñas Antillas, la costa meridional de Cuba, Jamaica y la costa del continente junto a la desembocadura del Orinoco.

Entretanto, otros estados europeos se disponían a imitar el ejemplo de España. En 1496, el rey de Inglaterra, Enrique VII, concedió a un marino italiano que residía en Bristol, Juan Caboto, y a sus tres hijos, Luis, Sebastián y Sancho, autorización para descubrir tierras hacia occidente, y para ocuparlas usando el nombre del soberano y el estandarte real. En Mayo de 1497, una escuadrilla de cuatro o cinco embarcaciones, mandada por Sebastián Caboto, partió de Bristol, y en Junio del mismo año descubrió a la península del Labrador y la isla de Terranova. Tomó posesión de las regiones descubiertas en nombre del rey de Inglaterra, exploró después las costas hasta la península de la Florida, y regresó a Inglaterra en Agosto del mismo año.

Por real provisión de Abril de 1495, los reyes católicos dieron licencia general para pasar a las Indias occidentales, de la cual se aprovecharon numerosos marinos y aventureros. Alonso de Ojeda, Juan de la Cosa y Américo Vespucio reconocieron toda la costa comprendida entre la isla de Trinidad y el golfo de Venezuela (1499-1500). En el mismo año, Pedro Alonso Niño reconoció las mismas regiones, realizando un viaje audacísimo con una pequeña embarcación tripulada por 33 hombres. Vicente Yáñez Pinzón, compañero del descubridor de América, reconoció la costa comprendida entre el Marañón y el Orinoco (1500). Diego de Lepe reconoció el cabo San Agustín, notando que la costa se dirigía violentamente hacia el sudoeste; y Rodrigo de Bastidas extendió los descubrimientos explorando la costa entre el cabo de la Vela y el puerto de Nombre de Dios (1500). Dos años más tarde, Colón emprendía su cuarto y último viaje, que fué para él una dolorosa cruzada, durante el cual reconoció las costas de América Central hasta el golfo de Darién (1502-1504). (Cf. ERRERA, *op. cit.*).

El descubrimiento de América puso en conflicto a los españoles con los portugueses; porque, hacía ya muchos años que, por pedido del infante don Enrique, el papa Eugenio IV había concedido a éstos el dominio de todas las tierras que descubriesen. Los españoles alegaban idénticos derechos, y en demanda de reconocimiento, dirigieron al papa, que lo era entonces Alejandro VI, español de nacimiento. Para resolver el conflicto dió aquél una bula (el 3 de Mayo de 1493), por la cual concedía a los reyes católicos "los mismos derechos, privilegios e indulgencias respecto de las regiones nuevamente halladas que los que habían sido concedidos a los portugueses para sus descubrimientos de Africa, bajo la misma condición de propagar la fe católica". Y para evitar disputas entre los estados rivales, publicó otra bula (el 4 de Mayo del mismo año), en la cual se trazaba una línea de demarcación que debía pasar "cien leguas al oeste de una cualquiera de las islas Azores o de Cabo Verde" (!), como si fuese cosa indiferente. La corte portuguesa no aceptó esta demarcación; y después de algunas negociaciones diplomáticas, una junta reunida en Tordecillas, dice Groussac, "acordó llevar la raya 270 leguas más al oeste, o sea, a trescientas setenta leguas del meridiano inicial, que sería el de islas de Cabo Verde". (*Anales de la Biblioteca*, vol. VIII, pág. XIX, nota 1). La demarcación de Tordecillas, como la bula de Alejandro VI, no era sino el principio de la política del *mare clausum*, que el publicista inglés John Selden había de llevar hasta sus últimas consecuencias en 1635.

La conquista de territorio americano, por parte de españoles y portugueses, ocupa toda la primera mitad del siglo XVI. La conquista española se propaga, desde el foco de las Antillas, a Panamá y al golfo de Méjico; desde Panamá se extiende, por el *mar del sur* (océano Pacífico) hasta el imperio de los Incas; y de allí hasta Chile y el río de la Plata. El descubrimiento del *mar del sur*, realizado por Vasco Núñez de Balboa en 1513, demostró algo que ya se sospechaban algunos sabios europeos, es a saber, que las tierras descubiertas por Colón formaban parte de un nuevo continente muy distante aún del Asia oriental. De ahí el problema del *paso de comunicación* entre los dos océanos. Las primeras tentativas para encontrarlo, llevadas a cabo por Juan Díaz de Solís, dieron lugar al descubrimiento del Río de la Plata en 1516 (Cf. P. GROUSSAC, *ob. cit.*, VIII, pág. XIV y siguientes). La expedición portuguesa de Martín Alfonso de Souza, la primera ccu-

pación del Brasil y la fundación de San Vicente (1531), decidieron a la corte española a ocupar sólidamente el Río de la Plata, a fin de evitar ulteriores usurpaciones portuguesas. Tal fué el objeto de la expedición del adelantado, don Pedro de Mendoza (1536), con la cual se inicia la conquista y colonización de las comarcas bañadas por aquel río y sus afluentes. De suerte, pues, que el movimiento de la conquista española en América, por fuerza de los antecedentes históricos y por imposición geográfica, parte de las Antillas y se extiende hacia el oeste y hacia el sur. La conquista del Río de la Plata, por las condiciones geográficas del medio, por sus antecedentes inmediatos y por su carácter propio, es un movimiento en cierto sentido independiente. Conviene tener muy en cuenta éstos hechos; porque explican en parte la organización del sistema colonial español.

Puede decirse, en términos generales, que el período de la conquista en la América del Sur se cierra con la fundación de Santa Fe (1573) y la repoblación de Buenos Aires (1580), mediante lo cual se completan y se enlazan los dos movimientos conquistadores.

CIVILIZACIONES AMERICANAS PRIMITIVAS. — Los españoles encontraron en América dos centros de civilización primitiva que constituyen como una excepción dentro del estado semisalvaje en que se hallaban todas las tribus indígenas.

El imperio mejicano o el imperio de los aztecas formaba algo así como un estado federal compuesto de tres reinos (Méjico, Tlacopán y Tacuba), en los cuales tenía una posición privilegiada una aristocracia o clase dominante de raza *azteca*. Esta aristocracia era dueña de inmensas extensiones de tierra, ocupadas a título precario por una clase inferior muy numerosa, que formaba la mayoría de la población. Había en Méjico ciudades magníficas y densamente pobladas. La industria alcanzó progresos considerables: fabricación de tejidos de algodón, objetos y ornamentos de oro, de plata y de plumas, etc. Los comerciantes formaban una corporación muy semejante a las gildas medioevales. El gobierno estaba bien organizado, con numerosos funcionarios, policía, ejército, servicios postales. El fundamento de la economía mejicana era la agricultura, que practicaba la gran mayoría de la población.

La civilización incásica era, si se ha de creer a los cronistas, más notable aún. Como en Méjico, había en el Perú inmensas construcciones de piedra, caminos artificiales, acue-

ductos, minas en explotación. El inca era soberano y propietario de la tierra. La población, casi en su totalidad, practicaba la agricultura o cuidaba grandes rebaños de llamas (único animal doméstico americano) que también pertenecían al inca. El comercio, en el sentido moderno del vocablo, no existía.

Tal es, en síntesis, la descripción de los cronistas primitivos, repetida o glosada por los historiadores modernos. La exageración y el engaño saltan a la vista, pues fácilmente se echa de ver que en todo ello hay mucho de leyenda formada con posterioridad a la conquista. Es algo en verdad inexplicable que estados tan sólidamente organizados, con civilizaciones tan antiguas y arraigadas, como Méjico y el Perú, fueran tan fácilmente desbaratados por pequeños grupos de aventureros castellanos. Ciertamente es que, al llegar los españoles, tanto en Méjico como en el Perú acababan de terminar sangrientas guerras civiles, y que la autoridad de los soberanos era apenas soportada en algunas regiones, todo lo cual les proporcionó aliados y les facilitó la victoria. Mas ello no basta para explicar el súbito derrumbamiento de los dos grandes imperios, y la facilidad y la rapidez con que fueron extirpadas civilizaciones que parecían tan antiguas y arraigadas. Por otra parte, la descripción de los imperios trasciende a cosa medioeval y feudal. La nobleza mejicana tiene un parecido muy sospechoso con la nobleza feudal de la Edad Media; la corporación de los comerciantes mejicanos es la gilda medioeval; y el colectivismo agrario de los incas tiene un marcado tinte germánico. Y así, parece como si la imaginación de los cronistas, engañada por semejanzas aparentes, se hubiese visto impulsada a describir, más que instituciones realmente americanas, cosas viejas y familiares de la Edad Media europea, vestidas burdamente con ropajes incásicos y aztecas.

LA ACCIÓN EUROPEA EN EL ASIA Y EN EL NUEVO MUNDO.

— La acción europea se hace sentir de muy distinto modo en el Asia oriental y en América. Mientras en aquella los europeos encontraron civilizaciones antiquísimas de antemano conocidas por las relaciones de numerosos geógrafos y viajeros, y viejos imperios densamente poblados, en los cuales la industria y el comercio tenían una organización regular y se practicaban con arreglo a normas fijas,—en América se hallaron ante territorios casi desiertos, habitados por razas inferiores y semisalvajes, con organizaciones políticas rudimentarias, sin nada que asemejase a civilización, salvo las dos precarias ex-

cepciones de Méjico y del Perú, sin industria ni comercio. En los mares del Asia oriental los árabes tenían, hacía muchos siglos, monopolizado el comercio internacional; y los europeos (portugueses primero, holandeses e ingleses luego) se limitaron a substituirlos, ocupando los puntos estratégicos imprescindibles: Aden, Ormuz, Ceilan, Malaca, las Molucas. Los imperios coloniales demoraron más de dos siglos en formarse, y se organizaron respetando, en sus bases fundamentales, la organización política, la civilización local, las leyes, usos y costumbres de los pueblos sojuzgados. En América, en cambio, tuvieron que crearlo todo: población, civilización, gobierno y leyes, organización del trabajo, industria, comercio; y esta obra homérica fué realizada,—sobre todo por españoles e ingleses,—en poco más de un siglo. Los medios empleados no fueron nada suaves, pues desde luego las razas indígenas fueron brutalmente maltratadas, y más tarde exterminadas a sangre y fuego por el yugo de la esclavitud. Sobre este punto los procedimientos europeos son idénticos en Asia y en América: las atrocidades de los Cortés y los Pizarros sólo fueron excedidas por las de los Clives y Warren-Hastings. Pero en el Asia, la población indígena era harto más numerosa y resistente que en América, y la civilización estaba más profundamente arraigada. De ahí que no fuesen destruidas ni una ni otra. Y ello es otra prueba, no menos importante, de que hay que tomar con beneficio de inventario las descripciones muy sospechosas de los pretendidos imperios de Méjico y del Perú.

EL VIEJO Y EL NUEVO MUNDO. — Desde los primeros días de la conquista de América, la obsesión de los metales preciosos dominó a los europeos, guió sus pasos e informó el criterio con que llevaron a cabo la ocupación del territorio. Méjico y el Perú proporcionaron las primeras cantidades importantes de oro y plata. Según los cálculos más aproximados, el rescate del inca Atahualpa, que los compañeros de Pizarro se repartieron, ascendía a la cantidad de cuatro millones y medio de *ducados*, o sea, poco más o menos, 40.000.000 de *florines* (= 100.000.000 de francos). El descubrimiento del mineral de plata de Potosí (1545), al que siguió a poco el de la mina de Zacatecas en Méjico, aumentó prodigiosamente la producción de este metal. “En lo que atañe a la cantidad de oro y plata producida en el siglo XVI, se calcula la primera en menos de mil millones, la última en cuatro a cinco mil millones de marcos. En el tiempo que transcurre de 1493 a 1825 se ha-

brían puesto en circulación no menos de 25.000 millones de marcos de metales nobles de América". (MAYR, *ob. cit.*, página 130). El economista francés Chevalier, citado por Larice, ha calculado que si se redujesen a masas compactas todo el oro y toda la plata que llegaron a Europa de ultramar, desde el siglo XV al XIX, podría formarse una esfera de plata de m. 29.50 de diámetro, y un dado de oro de m. 5 por lado. (R. LARICE, *Storia del Comercio*, pág. 129).

El primer efecto de tanta abundancia de metales fué la baja de su valor: los capitales aumentaron, y si bien el interés disminuyó,—como no aumentó proporcionalmente el valor de las mercancías y de los salarios,—creció el poder y la riqueza de la burguesía capitalista. El comercio asiático y el del norte y el oriente de Europa, que entonces entraban en el gran movimiento industrial y civil, ensancharon el campo en que se efectuaba la circulación metálica, de suerte que si la masa de numerario creció en la relación de 1-12, el aumento de los precios correspondientes al envilecimiento del valor monetario sólo se produjo en la relación 1-6. (LARICE, *ob. cit.*, pág. 129). El aumento de los precios se hizo notar primero en España, y a mediados del siglo XVI en el resto de Europa. Este aumento se continuó hasta mediados del siglo XVII, en que se detiene, para reanudarse lentamente desde los primeros años del siglo XVIII.

Esta inusitada abundancia de metales habría seguramente producido en Europa una crisis gravísima, si una circunstancia casi providencial no la hubiese evitado. Desde que los holandeses comenzaron a participar en el comercio de Oriente, a fines del siglo XVI, aumentó considerablemente en Europa la oferta de las especias y demás productos de aquél, bajando en consecuencia los precios, hasta convertirse en cosas de consumo o uso común las que hasta entonces lo fueran solo de lujo. Los mercados de Oriente habían sido, y continuaban siéndolo, grandes consumidores de plata. La súbita y prodigiosa afluencia de plata americana permitió, pues, aumentar la demanda de artículos de Oriente y saldar en moneda su importación, con grande desahogo de la circulación metálica europea. Por esto dice Shaw que el puerto de Amberes, y después en 1576 el de Amsterdam, en que se realizaban todos los negocios, fueron la válvula de seguridad del comercio europeo. (SHAW, *Histoire de la Monnaie*, pág. 47).

LUIS ROQUE GONDRA.

(Continuará)